

JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO*

DOMINGO XXXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

"Cuanto hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños conmigo lo hicieron"

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Ezequiel 34,11-12.15-17; 1Corintios 15,20-26.28; Mateo 25,31-46

Con la celebración de la fiesta de Jesucristo Rey del Universo concluye el año litúrgico, que comenzó el año pasado con el inicio del Adviento. Esta fiesta fue instituida en el año 1925 para conmemorar solemnemente el decimosexto centenario del Concilio de Nicea, en el que se definió el dogma de la divinidad de Jesucristo frente a la herejía de Arrio. Hoy, sin dejar de lado la definición de Nicea que marca la fe de la Iglesia universal, nuestra espiritualidad, centrada en el seguimiento de Jesús, nos ha hecho más sensibles a la consideración de la verdad humana de Jesús, que, como muy bien escribió Hugo Echegaray "constituye el mejor índice histórico de su divinidad". Esa vida humana, que el mismo Jesús describió como la de alguien "sencillo y humilde de corazón" (Mt.11,29) y que terminó entronizada en la cruz, no cuadra bien con lo que nos sugiere hoy el título de "rey".

El prólogo del evangelio según san Juan lo dejó claramente establecido. "La Palabra (el Hijo) era Dios… la Palabra se hizo carne" (Jn.1,1.14). Unos versículos más adelante aclara que está hablando de Jesucristo (v. 17).

Las lecturas bíblicas propuestas nos pueden ayudar a descubrir el sentido de este título de "realeza" asignado a Jesús, que en los evangelios encontramos sólo como acusación, burla y condena en los relatos de la pasión. En el texto leído del evangelio de Mateo llama la atención que en la grandiosa descripción que hace del juicio que reúne a "todos los pueblos", el gran juez no es Dios, sino el Hijo del Hombre, Jesús, a quien en el versículo siguiente se le denomina, de pasada, "rey".

Con frecuencia se ha comentado que a la luz de este texto queda claro que el juicio definitivo de Dios sobre las vidas de los seres humanos radica en el amor al prójimo. Es verdad, pero una verdad incompleta. Una lectura más atenta hace caer en la cuenta de que el criterio último es más preciso: el amor al prójimo en necesidad, sufriente, desamparado y marginado, en una palabra, a los pobres e insignificantes, incluso a los forasteros y encarcelados. Se trata de un amor incondicionado y universal, no se refiere

* Ciclo A

a lo que se haga a las personas porque sean buenas o porque sean discípulos, como en otros textos (Mt.10,41-42). El texto no insinúa ninguna calificación moral o religiosa de las personas a las que se ha amado. Simplemente son personas en situación de necesidad y abandono, incluso descalificadas socialmente por su origen: extranjeros, o por su mal comportamiento: encarcelados. Se trata además de un amor eficiente, no se queda en un sentimiento, ni en una buena intención, responde con una acción eficaz a una situación concreta: dar de comer, visitar, ayudar, acoger… La trascendencia de lo que está en juicio –la salvación definitiva en el Reino de Dios– nos hace pensar que se trata de algo más que un acto episódico de reacción ante una necesidad transitoria. Apunta, más bien, a sancionar una opción de vida, una posición comprometida, o desinteresada, ante las realidades históricas de necesidad, abandono y marginación, que implican ciertamente situaciones individuales o grupales, pero también estructurales. "Me diste de comer…", entendido hoy, supone preguntarse por qué sigue habiendo hoy personas que mueren de hambre, por qué sigue habiendo personas que tienen que migrar de su entorno original y por qué son mal acogidas… Preguntarse, pensar y actuar de manera espontánea, pero, y especialmente, de manera organizada, ya que hoy sabemos que esas situaciones tienen sus causas sus responsables. Nuestra actitud y acción están comprometidas ante esas situaciones.

Una consideración más. El rechazo y descalificación de los que "no me dieron de comer…" no es porque hicieron algo positivamente malo; es que se desentendieron, dejaron de hacer algo que estaba en sus manos, miraron para otro lado y pasaron de largo, como el sacerdote y el levita de la parábola del buen samaritano (Lc.10,31-32).

Pero lo más sorprendente e interpelante del texto reside en la formulación de la necesidad en primera persona. Es el Hijo del Hombre el que sentencia: "porque tuve hambre, era forastero, estaba en la cárcel…" Tan sorprendente que suscita tanto en los acogidos como en los rechazados una pregunta: "Pero ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer…?". La respuesta constituye el resumen más claro y esencial del evangelio: "cuanto hicieron (o dejaron de hacer) a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron".[1] La encarnación del Hijo de Dios -podríamos decir- no se agota en la persona individual de Jesús, se va haciendo completa y plena en cada ser humano, no sólo en los cristianos, en la humanidad entera –el "Cristo total"– y es importante reconocerla explícitamente en los más desprotegidos e insignificantes. Esas palabras de Jesús dan una profundidad y radicalidad insospechada a nuestra manera de ver, interpretar y actuar ante las situaciones de necesidad y de injusticia que se viven en nuestro mundo. El hambre y la injusticia –a las que hoy penosamente habría que añadir la violencia y la guerra– no son simples problemas sociales o humanos –ya por sola esa razón muy grave–; constituyen un desafío a nuestra fe, son realmente una cuestión teológica, espiritual y pastoral. En su visita reciente a Perú el Papa León lo ha recordado repetidas veces refiriéndose a situaciones muy concretas. Ponen de manifiesto en qué

[1] Para una fundamentación de la interpretación de que la respuesta de Jesús en Mt. 25,40 se refiere a los pobres y necesitados, recomiendo leer las páginas que G. Gutiérrez dedica al tema en "Teología de la Liberación" cap. X, párrafo B 2 "Cristo en el prójimo" y en su libro póstumo: "Vivir y pensar el Dios de los pobres".

dios creemos, a quien llamamos Dios verdadero, qué significa reconocer a Jesucristo Rey del universo.

En cada persona, y más aún si se encuentra en situación de necesidad, maltrato o abandono, Cristo es quien nos encuentra e interpela. Que Jesús los presente como "estos hermanos míos más pequeños" abre –o reafirma– una visión de la humanidad como fraternidad de la que ninguna persona queda excluida. La realización progresiva de esa fraternidad significa acercamiento del Reino de Dios. La soberanía de Dios y de Cristo, que es lo que estamos invitados a celebrar en esta fiesta –"Jesucristo rey del universo"– se verifica en el reconocimiento y el trato que damos a los demás, sin ninguna clase de exclusión, como hermanas y hermanos. Sin pretender hacer juegos inoportunos de palabras podríamos decir que Jesucristo llegará a ser verdaderamente reconocido Rey del universo cuando los pobres y olvidados sean considerados como centro del universo y criterio del quehacer humano, también en el orden cultural, económico y político. En frase que leí hace un tiempo, "adorar a Dios es servir al pobre" se resume la fe cristiana.

El texto del profeta Ezequiel, con la imagen bien conocida en el oriente del rey como "pastor", nos habla de Dios como el Pastor que se ocupa y cuida de su pueblo, en aquel tiempo desterrado y disperso. Su reinado se realizará históricamente con el retorno del pueblo a su propia tierra, así como en el pasado con el éxodo liberador de la esclavitud en Egipto. Anota dos rasgos del pastoreo/reinado de Dios, que Jesús confirmará en su predicación: "les pastorearé con justicia" y con predilección por los más necesitados de auxilio: "la oveja perdida, descarriada, herida, enferma".

En la segunda lectura, tomada de la Primera carta a los Corintios, Pablo nos habla de la humanidad nueva, de la que Cristo en su resurrección es primicia, tanto para los creyentes como para toda la humanidad. Al final, y, en definitiva, "cuando entregue a Dios Padre el Reino", vencidas todas las potencias de muerte, "Dios será todo en todos". Es la visión teológica, englobante y esperanzada de Pablo de toda la historia humana en la que subraya lo que podemos llamar soberanía y realeza de Jesucristo, que se realizó en la "historia" de Jesús –no hay que olvidarla–, y se desarrolló en la humildad y la pobreza, en la incomprensión y en la cruz. Es la gran paradoja reveladora de los insondables caminos de Dios: Jesús, el "crucificado", es el "Rey del universo". Visión teológica pero que se proyecta en toda una propuesta pastoral: la opción preferencial por los pobres, y antropológica: todo ser humano ha de ser tratado y cuidado como hermano.

Esta realeza de Jesucristo, confesada en la fe, no puede ser vivida en la indiferencia ante el maltrato y el desprecio, ante el hambre y las muertes de seres humanos, ante la violencia despiadada y cruel que nos transmiten tantas imágenes de las guerras en curso. La afirmación de la fe no puede ser vivida sin indignación y crítica ante el sufrimiento injusto causado por los mismos seres humanos. Reconocer a Jesucristo como "rey del universo" no nos coloca en condición de "súbditos", sino de protagonistas de justicia y de fraternidad con todo el universo: personas y naturaleza.